

LA POSTURA HISTORIOGRÁFICA DE CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ

La obra de todo gran historiador lleva implícita una teoría de la historia, que puede coincidir o no con las concepciones filosóficas o con las teorías en boga, pero que siempre y en todos los casos, tiene el mérito incuestionable de ser el exponente de un pensar histórico fogueado y adiestrado en un auténtico quehacer histórico.

Por lo general el historiador, deja al filósofo o al pensador la tarea de reflexionar y teorizar sobre los resultados que va aportando su labor operativa en el campo del conocimiento empírico de la historia. Pero cuando esta labor cotidiana cuaja al cabo de una vida, en una obra cimentada en un sólido prestigio por la validez de sus interpretaciones y por su rigor crítico metodológico, su autor cuenta con autoridad más que suficiente, para opinar sobre la historia, en términos personales y juicios propios.

Tal es el caso del maestro Claudio Sánchez-Albornoz, que recientemente ha desarrollado a grandes rasgos, su teoría de la historia, en el capítulo primero de su madura obra *España, un enigma histórico*,¹ con la que jalona un tramo más de su brillante y enjundiosa carrera de historiador.

La verdad es que a Don Claudio como auténtico profesional de la historia le han interesado, más que las disquisiciones teóricas, las indagaciones y los problemas reales en el ámbito concreto de la historia. Y es gracias a este hacer positivo, realizado en forma paciente, meditada y con gran seriedad y sistema de historiador, que ha podido enriquecer con sus aportaciones, el conocimiento de la realidad histórica española.

Sin embargo más de una vez lo hemos visto hacer un alto en sus trabajos, para entrar en la palestra del debate en defensa de sus más caros y arduos alumbramientos. «Durante los largos años que llevo consagrado a la investigación histórica — nos dice — me he visto forzado muchas veces a acometer la disección de ajenas teorías.., para dejar

¹ SÁNCHEZ-ALBORNOZ, CLAUDIO, *España, un enigma histórico*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1957, t. I: 720 p. + 1 mapa + 100 lám.; t. II: 767 p. + 1 mapa + 188 lám.

paso franco a las mías »². En realidad nadie ignora sus conocidas discrepancias y enfrentamientos críticos con personalidades y especialistas de aquilatada autoridad, realizados en el plano del más riguroso análisis objetivo y en términos del más estricto respeto personal³.

En los últimos tiempos la interpretación formulada por Américo Castro en su *España en su historia*⁴, promovió en esta ocasión, la reacción de su pensar histórico. El mismo nos declara que la aparición de esta obra fue el hecho incitador de su *España, un enigma histórico*.

« Vacilé mucho — escribe en su prefacio — antes de lanzarme a una empresa pareja a la de por Castro acometida. Mas el temor de que sus teorías pudieran convertirse en la básica interpretación en las décadas próximas — por la magnética seducción que su obra suscita — y mi apasionada devoción por la verdad, me decidieron a examinar de nuevo y despacio el enigmático problema de España, y a publicar al cabo mis reflexiones sobre él » (I, 12).

Como fruto de estas reflexiones — que son al cabo las conclusiones de una labor analítica de cuarenta años — Sánchez-Albornoz nos presenta una gran obra de síntesis en la que traza una visión de la historia peninsular, fundada en una interpretación de la historia como manifestación de vida y en una idea del hombre como su soporte plástico y fluyente. Proyecta su visión a lo largo del continuo despliegue del modo de ser del pueblo español, desde sus oscuras raíces prehistóricas y a través de sus sucesivos estilos vitales.

Las ideas fundamentales que informan esta interpretación que según Maravall puede considerarse como modelo de una interpretación auto-

² SÁNCHEZ-ALBORNOZ, CLAUDIO, *Las cañas se han tornado lanzas*, de *Cuadernos de Historia de España*, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Historia de España, Buenos Aires, 1958, 43-44.

³ *Ibidem*: El mismo autor nos recuerda sus disentimientos con Ernesto Meyer, Brunner, Dozy, Barrau Dihigo, Pérez de Úrbel, Lévi-Provençal, Melvinger. « He disentido además — agrega — de maestros por mí tan respetados como Hinojosa, Ribera, Menéndez y Pidal, Gómez-Moreno; y de muy queridos colegas españoles y extranjeros: Torres López, Bosch Gimpera, Meréa, de Sousa Soares, Verlinden, etc., y he disentido de todos discutiendo sus alegatos y puntos de vista despacio y nominatim », p. 44.

⁴ CASTRO, AMÉRICO: *La realidad histórica de España*, México, Editorial Porrúa, 1954. Con este título ha aparecido la nueva edición de *España en su historia*, con el agregado de tres capítulos: II, III y XV.

pológica de la historia ⁵ las expone como materia introductora en el prefacio y en el capítulo inicial de su obra ⁶.

Con la exposición de sus ideas no pretende formular una tesis revolucionaria en el campo de las concepciones historiográficas. Simplemente es la proyección de su fecunda experiencia en juicios que se adscriben o disienten con las teorías que informan el pensamiento histórico moderno. Su talento de historiador y su libérrimo pensar histórico son incompatibles a toda sujeción teórica que coarte el libre juego del análisis e intelección de los hechos. De ahí que sus ideas no admitan una canalización exclusiva, ni la filiación a una determinada corriente.

Su mente abierta capta y selecciona las sugerencias más vigorosas de filósofos y pensadores de la historia. Maneja cómodamente enunciados de Dilthey, Scheler, Croce y Ortega y Gasset. Se adscribe a la « razón vital », para rechazar los esquemas regulados y mecanicistas de la « razón física », pero apostilla los criterios historicistas con sugerencias

⁵ MARAVALL, JOSÉ ANTONIO: *La visión histórica de España en Sánchez Albornoz*, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, 1960, n.º 123, p. 261.

⁶ Quienes hemos seguido de cerca su fecunda labor docente, sabemos que sus ideas sobre la historia, las ha venido vertiendo continuamente y en línea consecutiva desde la cátedra y en innumerables conferencias, ensayos y artículos, de manera que el planteamiento teórico que ahora nos presenta, no es una postura improvisada, ni un descubrimiento reciente de su pensar histórico. Remitimos al lector a la *Bibliografía de Claudio Sánchez-Albornoz*, Homenaje con ocasión de sus cuarenta años de docencia universitaria, Buenos Aires, 1957, Ensayos literarios, pp. 36 a 42. Entre ellos señalamos especialmente los siguientes artículos: n.º 11, *Los ríos van a la mar*, « Los Andes », Mendoza, 9/III/1941; n.º 14, *El historiador y el político*, « Los Andes », Mendoza, 4/V/1941; n.º 28, *Sentir el tiempo*, « La Prensa », Buenos Aires, 4/XII/1941; n.º 44, *El conocimiento científico de la historia*, « La Prensa », Buenos Aires, 11/V/1943; n.º 45, *Las fuentes históricas*, « La Prensa », Buenos Aires, 17/V/1943; n.º 46, *La historia, ciencia de los por qué*, « La Prensa », Buenos Aires, 1/VI/1943; n.º 47, *La parcialidad en la historia*, *Historiadores y cronistas*, « La Prensa », 28/VI/1943; n.º 49, *Tiempos de siega. Actualidad de los hechos históricos*, « La Prensa », 30/VII/1943; n.º 50, *Vivir no es volver. La libertad humana y la historia*, 23/VIII/1943; n.º 51, *La casualidad y los héroes en la historia*, « La Prensa », 13/IX/1943; n.º 52, *Constantes históricas*, « La Prensa », 20/X/1943; n.º 53, *El juego de las fuerzas en la historia*, 1/XI/1943; n.º 54, *El río de la historia*, « La Prensa », 8/XII/1943; n.º 55, *La razón histórica*, « La Prensa », 26/XII/1943; n.º 88, *El miedo en la historia*, « La Prensa », 10/III/1948; n.º 89, *El pensamiento y la acción*, « La Prensa », 2/VI/1948.

Además señalamos los últimos trabajos sobre este tema: *Ante España en su Historia*, en *Cuadernos de Historia de España*, Buenos Aires, 1953, XIX, pp. 129-145; AMÉRICO CASTRO, *Ensayo de Historiología*, en *CHE*, XXI-XXII, 1954, pp. 380-382; *Las cañas se han tornado lanzas*, de *CHE*, Buenos Aires, 1958, pp. 43-66; *El culto de Santiago no deriva del mito dioscórico*, de *CHE*, Buenos Aires, 1958.

agustinianas y encierra la pura sucesividad con su concepto de Historia Universal.

Rechaza el rígido sustancialismo que hace de la historia un mero accidente extraesencial del hombre y se inclina manifiestamente hacia la consideración de la historia como lo peculiar del hombre frente a la naturaleza. Sin desconocer el anclaje sustancial de lo humano, considera que su naturaleza histórica hace de él un ser dinámico y cambiante, cuya característica medular es la libertad. De ahí que se levante contra todo determinismo que escamotee o invalide la cooperación de la libre eficiencia del hombre en la historia.

Sin ser positivista, es un fiel seguidor de los principios y criterios metodológicos del cientificismo, pero señala tanto la unilateralidad interpretativa de los « caballeros del materialismo », como la de los « señores del espíritu ». Conecta, sin confundirlos, el mundo de las apetencias materiales con el de las necesidades del espíritu y conjuga la acción de las fuerzas colectivas con la de las individualidades excepcionales.

Su eclecticismo historiográfico es la resultante de su adentramiento en los intrincados dominios de la vida histórica de los pueblos. El profundo y continuo análisis de la realidad, le ha enseñado a ponderar en real medida, la participación de los elementos y fuerzas concurrentes en la vida de las comunidades humanas. Pero por sobre todas las cosas, le ha mostrado lo engañoso que resulta entrar en la historia pertrechado de ideas y preconceptos que se quieren sostener a todo trance; más de una vez la realidad se ha encargado de echar por tierra las más brillantes e ingeniosas construcciones teóricas.

Todos estos enunciados se encuentran expuestos a modo de declaración historiográfica en el prefacio de su obra: «Tengo por frágiles — nos dice — cualesquiera construcciones teóricas que no se basen en una ceñida discriminación de las fuentes y que se apoyen en frases aisladas y en demasiado audaces paralelos. Olvidar la cronología o saltar sobre ella me parece pecado imperdonable al estudiar el pasado. No desdeño la erudición: los hechos no son la historia, pero no puede hacerse historia prescindiendo de ellos. Se ha negado que la geografía rija el curso de la vida histórica. Suscribo esa negación, pero no me permito prescindir de la influencia ejercida por el medio geográfico en el acuñarse de la personalidad de cada pueblo. No puedo soslayar el examen de los problemas económicos. No cabe ver en el curso del pasado la pura acción de necesidades y apetencias materiales; pero el *modus operandi* de cualquier comunidad humana no ha podido madurar en un puro mundo de ideas, desprendido de todo contacto con la tiranía eterna del vivir.

En el gigantesco entrecruce de acciones y reacciones que es la historia, las fuerzas materiales y espirituales se han influido de continuo. Aunque no soy positivista miro a lo biológico como factor activo de las creaciones humanas y de la vida histórica. Tanto pecan los que desatienden la magnífica proyección de lo espiritual en la existencia de las comunidades nacionales como los que hoy niegan a este pobre cuerpo humano que encarcela nuestra psiquis, la más mínima acción en nuestra existencia individual y en el existir histórico. Juzgo peligroso confundir lo vital con lo cultural, pero no dudo de la fecunda conexión de ambas energías humanas para explicar el curso de la historia... Creo en la eficacia como fuerza motriz de la historia: del temperamento, las inclinaciones anímicas y el dinamismo volitivo de cada hombre de carne y hueso, y de las ilusiones, ideales y pasiones — «codicias, amores, miedos» — de las masas. No menosprecio lo lingüístico ni lo literario como motor y expresión de lo histórico, pero no puedo prescindir de los marcos institucionales — sociales y políticos — dentro de los cuales ha madurado la vida de los pueblos »⁷.

Esta prieta síntesis de ideas, es desarrollada luego en el capítulo inicial, que es precisamente el que vamos a analizar para perfilar su postura historiográfica. No se nos escapa lo mucho que perderá la trabazón de su pensamiento al desglosarlo, y reducir su erudito y soberbio estilo a la prosa pedestre de un esqueleto conceptual.

Sin embargo consideramos que vale la pena sacrificar su estilo a fin de desentrañar las ideas rectoras de su labor historiográfica. Con esta intención, y con la pretensión de ordenarlas lógicamente y sistemáticamente, las hemos agrupado en los siguientes temas: 1°) Su concepto de la Historia; 2°) Historia Universal y proceso histórico; 3°) Elementos y fuerzas actuantes en la Historia; 4°) La unidad básica del conocimiento histórico; 5°) La elaboración del conocimiento histórico. Criterios metodológicos; 6°) El sentido de la historia.

SU CONCEPTO DE LA HISTORIA

Caracteriza a la historia como un tipo singular de conocimiento, no equiparable al saber científico y al saber filosófico y que, participando de ambos a la vez, constituye, sin embargo, una forma de pensamiento autónomo con un objeto y un método propios y con una teórica peculiar aunque no definida ni precisada aún con todo rigor (I, 32).

⁷ Op. cit., *Prefacio*, pág. 13.

El objeto propio de este tipo de conocimiento no es el cúmulo de hechos caducos del pasado humano, sino la vida misma del hombre en todas sus manifestaciones. La vida es el centro, medio y fin de la historia; a medida que se va penetrando la hondura de lo histórico el pretérito se va resolviendo en la vida del hombre y de los pueblos.

La historia no es la ciencia del ayer ni el simple conocimiento del pasado humano como lastre muerto sobre las espaldas de un presente vivo. « Es necesario — nos dice — rehacer la imagen de la historia como la ciencia de los muertos y de la muerte; es urgente rehacer la idea del pasado espectral y cadavérico. El pasado está ahí, tras el presente, empujando al hoy a cada paso, vertiendo a cada hora en el cauce de la vida de cada hombre, de cada pueblo, de cada continente, de la humanidad todo el agua que ha ido hinchando todo el curso del ayer » (I, 65).

El pasado es una realidad viviente, compleja y tumultuosa, que no admite moldes, ni recortes que lo limiten y lo encierren en unidades o circunscripciones abstractas. Los filósofos, los políticos, los ideólogos o poetas, suelen avizorarlo desde la atalaya de sus tesis e inspiraciones, y es entonces cuando se lo mutila, se lo fracciona o se lo inventa. Es entonces cuando se lo detiene en los esquemas rígidos de las construcciones racionales o se lo encasilla en función de conceptos y analogías.

Toda interpretación del pasado que pretenda fijar o contraer sus horizontes temporales y espaciales en límites estáticos y precisos o seleccione la naturaleza o caudal de sus corrientes dinámicas, o acentúe la tónica en determinados elementos de su contenido, no hace más que falsear y desvirtuar la real vida histórica.

En el pasado humano no hay épocas históricas y tiempos ahistóricos, pueblos con historia y comunidades sin historia; hechos virtualmente históricos y hechos humanos intrascendentes. Sólo existe una fecunda e íntima « trabazón de vida y cultura, generadora de múltiples y dinámicas proyecciones » (I, 39). Si los filósofos, los hombres públicos, los hombres de negocios — agrega — llegan a percatarse de que la historia no es la ciencia del ayer, la cantera inagotable de que pueden extraerse los sillares para basar mil construcciones filosóficas o políticas; el panteón de los antepasados que se tienen por bien muertos; un desván maloliente y polvoriento pleno de cachivaches envejecidos y sin utilidad »⁸, se comprenderá, entonces, que la historia en la cultura de nuestro tiempo « se halla en condición propicia para dar el salto

⁸ Art. cit., La Prensa, 26/XII/1943.

gigantesco que dio la alquimia al convertirse en química, y el que dio la física al convertirse en sustentáculo de una visión totalitaria del mundo »⁹.

Corresponde a los historiadores en especial y a los espíritus cultos de nuestra época, en general, hacer de la historia la ciencia de la vida. Sólo así su cultivo alcanzará su verdadera grandeza y su justificación, porque « tras la apetencia de la Teología que trata de estudiar y comprender a Dios, está la apetencia de la Historia que se eleva por encima de otras ciencias que se afanan por descubrir los secretos de la naturaleza, para avizorar a la naturaleza al servicio del hombre y de la vida, y el hombre dominando la naturaleza »¹⁰.

Después de transcribir estos enunciados, es innecesario destacar la gran dosis de sugestión diltheyana que informa su concepto de la historia. Sin embargo, hay en él una nota particular y propia que modifica y supera esta concepción de la historia y que requiere una breve consideración.

Concebida la historia como acción y expresión de vida, el hombre se convierte en el soporte-agente de la vida-historia que detenta y la interpretación del pasado se traduce entonces en una visión del modo de ser de lo humano en función a determinadas estructuras vitales. Vista así la historia, las manifestaciones sensibles y significativas de las formas de vida y de los valores de cultura adquieren gran relieve en la consideración histórica, porque ellos objetivan y concretan el sentido del complejo histórico cultural que un determinado grupo humano sustenta, en un determinado tiempo y lugar. La historia entonces se extiende y abarca toda la cultura en sus múltiples y variadas manifestaciones y su contenido se traduce en una morfología de la cultura o en una historia de la civilización.

Sánchez-Albornoz como auténtico historiador, advierte el riesgo estatizante de este enfoque de la historia en el que la categoría conectiva proyectada en su dimensión vertical, detiene el fluir constante del continuo histórico en su proyección horizontal.

Las formas de vida y las formas de cultura, se presentan entonces para él, como los exponentes del carácter dinámico de la conexión que se establece entre lo vital y lo cultural de las comunidades humanas: « Vida y Cultura ! He aquí la trabazón fecunda de las dinámicas proyecciones del pasado. No es habitual — nos dice — enfrentarlas para, de su ayuntamiento, hacer generar el proceso histórico » (I, 39).

⁹ Ibidem.

¹⁰ Ibidem.

Los filósofos de la historia y los sociólogos — prosigue — « suelen poner acento especial en el binomio cultura y civilización. Me parece más lógica la contraposición de lo vital, que abarca las reacciones humanas — espirituales, emotivas e instintivas — ante el conjunto de problemas heterogéneos y heteróclitos que la vida sugiere al hombre, y de lo cultural, en que cabe reunir la masa de ideas y valores, de conceptos y de técnicas, de sistemas y de bienes por los hombres creados. Son dos ámbitos históricos bien diferenciados pero en perpetua conexión e interferencias » (I, 39-40).

Destacada esta relación se hace posible entonces para el historiador, ver cómo las reacciones vitales de las comunidades humanas, han ido creando el mundo cultural histórico, y a su vez captar cómo el mundo de los valores ha ido influyendo en los diversos planos de lo vital, a través de una continua interacción que se produce ininterrumpidamente « generación tras generación y año tras año, desde los remotos siglos de la tenebrosa prehistoria » (I, 40).

Por eso su visión de la historia de los pueblos se proyecta en una línea continua, fluyente e inconclusa. La captación de la vinculación dinámica e insoluble entre vida y cultura, no le permite detenerse en la imagen estática de un pueblo que ha cristalizado como unidad histórica sino que lo perfila a través de los continuos cambios que genera la reciprocidad de interferencias de estos dos mundos históricos.

De ahí que considere que los pueblos no se presenten como algo dado y concluso y que no tengan « un estilo de vida perdurable, sino muchos estilos de vida diferentes » (I, 46) porque el juego libre de las fuerzas concurrentes — internas y externas — en los marcos vitales, « van haciendo y rehaciendo la historia de cada grupo humano » (I, 46).

HISTORIA UNIVERSAL Y PROCESO HISTÓRICO

El concepto de Historia Universal entraña un planteamiento filosófico, trasmutable en una concepción del mundo, de la vida y del hombre. Estos planteos constituyen los supuestos previos y al mismo tiempo el desemboque de toda factura histórica, porque quien se dedica a la historia realiza involuntariamente esas intuiciones universales que prestan unidad al quehacer. Generalmente no se explicitan y suelen estar presupuestas como cosas evidentes. Sánchez-Albornoz sin hacer filosofía de la Historia, ni aferrarse a fórmula alguna que contradiga las realidades humanas, expone sus ideas al respecto y aborda el problema de la universalidad y particularidad históricas.

El mundo histórico — nos dice — « es un cosmos, un universo no menos gigantesco y misterioso que el otro, que nos atrae con sus interrogantes siempre vivos y siempre sin respuesta posible. Un cosmos, que como el otro se ensancha cada día más hacia lo infinitamente remoto y hacia lo infinitamente pequeño »¹¹. Es decir, que el mundo de los hechos y de la vida del hombre por su base, es ilimitado.

Este concepto rebasa la idea de Historia Universal del idealismo filosófico del siglo XIX, que la reducía al mundo de Occidente y se aproxima a la concepción positivista que la extendió en espacio y tiempo a todo el planeta y en cuanto el hombre existiera.

Informa sin embargo a este mundo ilimitado y de puro cambio con la idea del sentido, con su creencia en el origen y meta común de la humanidad y organiza y articula su contenido con el principio de causalidad psicofísica y las conexiones culturales de la concepción genética de la historia.

En efecto, este inmenso y dinámico « cosmos » está integrado por una trama compleja de pueblos y culturas, enlazados a su vez en unidades históricas. La integración no se realiza pues, por mera yuxtaposición sino mediante un proceso vital, a través de un « lento aunque perpetuo mestizaje espiritual y en despaciosa pero continua transfusión sanguínea » (I, 35).

Las variadas y diferentes comunidades humanas, en cada una de las etapas o momentos de su devenir y cada cual a su hora y manera, han colaborado y colaboran en la gran aventura del destino de la humanidad en su marcha hacia la realización integral del género humano ; han participado y participan en la unidad del mundo que van creando.

Todos los hombres, los pueblos y las naciones han concurrido y concurren, aunque no en forma paralela y sincrónica, en el gran proceso de la humanidad hacia su autorrealización. Todos han tenido y tienen la posibilidad de inscribirse en los avances del hombre hacia la racionalización integral y hacia la libertad, ya sea por el conocimiento y dominio del mundo que los circunda o por el autoconocimiento y dominio de sí mismos. Porque considera que « a medida que el hombre se conoce mejor a sí mismo y que mejor conoce a la naturaleza, va repensando los mismos pensamientos de Dios ; a medida que más avanza hacia su auto-señorío más se aproxima al cumplimiento de la Ley de Dios ; y a medida que más progresa hacia su racionalización y hacia su libertad, más se asemeja al único Ser auténticamente libre y sin mácula de irracionalidad : Dios » (I, 35).

¹¹ *La historia ciencia de los « porqués »*, La Prensa, Buenos Aires, 1/VI/1943.

Sólo en base a una concepción unitaria de la vida sobre la tierra, es posible una visión vitalmente unificada del hombre y la historia, en su lento devenir hacia una meta, tras la cual se alza Dios. Sólo en función de la idea de un todo armónico, es posible comprender y explicar la multiplicidad de las comunidades humanas en sus distintas ubicaciones espaciales y temporales y culturales. « La historia vertical de cada comunidad — nos dice — es concebible en permanente conexión con la historia horizontal de las comunidades culturales y vitales de que ha ido formando parte activa al correr de los tiempos » (I, 34). En virtud de su participación en un mismo hacer y hacia un mismo fin, las historias particulares o nacionales cobran sentido por su inserción en un destino común.

Su concepción de la Historia Universal en base a la idea de una humanidad unificada en su opulenta, variada, plástica y dinámica vida histórica, es incompatible con las interpretaciones cíclicas que encierran la vida de los pueblos y de las culturas en círculos autónomos o en compartimientos estancos. Estos espléndidos aislamientos impiden al historiador « comprobar la capacidad del hombre para renovarse, recreándose »; no le permiten acercarse al conocimiento de la « misteriosa y multiforme mente humana » y sobre todo dificultan la comprensión de « que la realidad radical del hombre hace de él un puro ser histórico » (I, 35).

Además el simple conocimiento de una suma de culturas verticales no perfila la trayectoria general de la historia, porque el devenir de las partes no trasunta las curvas y evoluciones de la gigantesca espiral que describe la humanidad hacia la búsqueda de su realización. Ninguna de ellas ha seguido un curso completo, paralelo y sincrónico al general, sino que ha avanzado en ondulante línea de sinuosidad dramática y cruel, de caídas y retrocesos hacia lo irracional y lo gregario.

« En los extraños giros de esa espiral sin fin — nos aclara — los pueblos atraviesan, de tiempo en tiempo, las mismas zonas de luz o de sombra. Y en su penosa ascensión vuelven a contemplar los mismos paisajes aunque desde posiciones diferentes, tras de recorrer, un anillo entero o muchas curvas o muchos anillos de esa espiral »¹². Los pueblos como los ríos nunca vuelven a sus fuentes, aunque a veces se curven hacia ellas.

Como interpretación original del autor tenemos entonces, que el gran

¹² *Vivir no es ver volver. La libertad humana y la historia*, La Prensa, Buenos Aires, 23/VIII/1943.

proceso histórico no se realiza en forma rectilínea y en función de una unidad de civilización como lo concibiera el pensamiento histórico del siglo XIX; tampoco mediante la suma de culturas o sociedades más o menos emparentadas entre sí, como lo considera la concepción cíclica, sino que la historia avanza describiendo una gran espiral, pero sin el retorno de Vico.

La historia no se repite « porque vivir no es ver volver », nos dice. Los hechos humanos son irreiterables y diferentes en cada momento y en cada hora. Sin embargo las limitaciones a la libertad del hombre y de los pueblos crean las circunstancias que condicionan ciertas analogías de forma y estilo; hacen posible que se reproduzcan los mismos sucesos, situaciones y momentos con asombrosa semejanza. Pero estas semejanzas o analogías, no constituyen materiales legítimos para formular enunciados de validez universal; son simples mensajes de la experiencia vital de los pueblos, advertencias fecundas de la vida histórica, en su dramática lucha para alcanzar su fin.

Mientras el hombre pueda ejercer esa fuerza misteriosa que es la libertad, la historia seguirá su curso. Mientras esa fuerza « que en vano han intentado, intentan e intentarán captar biólogos y filósofos », accione en la vida, no se podrán formular las leyes que la rijan, ni los esquemas que la encierren y expliquen, ni se podrán trazar sus derroteros por más luminosos y optimistas que ellos sean.

Los hombres y los pueblos están dotados potencialmente de un elemento creador y « creo — declara el autor — en el poder de esa fuerza que nos acerca a la Divinidad y que de la Divinidad procede »¹³. Lo que pasa en la realidad es que, no siempre, ese don consubstancial de lo humano que mueve y dirige la historia, puede ser exteriorizado. Su ejercicio está condicionado por la naturaleza misma del hombre y por las circunstancias, encontrando su proyección colectiva grandes obstáculos en la tierra y en la herencia.

Y son esas limitaciones a la libertad individual y colectiva las que imprimen a la historia un avance en espiral.

ELEMENTOS Y FUERZAS ACTUALES DE LA HISTORIA

El pasado como reflejo de vida de los pueblos, es un mundo complejo de acciones y reacciones humanas, que van haciendo y rehaciendo, tejiendo y destejiendo la trama ininterrumpida de la Historia.

¹³ *Vivir no es ver volver. La libertad humana y la historia*, La Prensa, Buenos Aires, 23/VIII/1943. Constantes históricas, « La Prensa », Buenos Aires, 20/XI/1943.

En el inmenso telar de la vida se forja la textura de la Historia. Se cambiará la disposición y calidad de los hilos, se modificará la gama de los colores, se acelerará o retardará el ritmo del hacer, pero el telar aunca dejará de funcionar y de agregar un algo más a la obra que va creando.

Corresponde al historiador analizar el material, la disposición, las calidades, el grosor y la densidad de la siempre inconclusa tela histórica de los pueblos, sin cortarla ni desgarrarla, sino rastreando y pulsando los hilos de su urdimbre para llegar al origen mismo de las comunidades históricas.

Las comunidades humanas enraizadas en las oscuras y profundas épocas prehistóricas, han surgido como resultado de una larga serie más o menos libre de voliciones. Durante la lenta gestación prehistórica las variadísimas reacciones provocadas por la secular acción del medio físico y del ambiente moral en que los pueblos han vivido, han ido creando su estilo de vida y trazando los rasgos fundamentales de su temperamento. De modo que cuando aparecen visibles para el historiador « ya son viejos de milenios » y tienen ya una herencia tempranamente bien definida.

La participación que la tierra tiene en la forja de la herencia temperamental de los pueblos, es innegable. No determina el pasado pero sí condiciona las facturas de las formas de vida, al estorbar o impulsar las acciones, al favorecer u obstaculizar la satisfacción de las apetencias materiales o espirituales de la comunidad. Y esta gravitación se hace sentir tanto en la acuñación como en la prolongación y mudanza de la herencia temperamental a lo largo de la historia.

Los caracteres nacionales aparecen precisamente, cuando los miembros de una comunidad aúnan su hacer en el batallar con la tierra en que viven y reaccionan en la misma forma ante el avance pasivo o agresivo, de los grupos invasores o adyacentes, en los dominios de su predio vital.

Los comportamientos comunales sin embargo, aunque a veces se prolongan por siglos, no son perdurables y constantes, « porque los pueblos no tienen trazados para siempre sus rumbos ni por la raza ni por la tierra » (I, 55). El estilo de vida de cada pueblo está siempre en perpetuo devenir « porque no se interrumpe nunca — nos dice el autor — la batalla del potencialmente libre albedrío de la comunidad con los obstáculos que la naturaleza, la herencia y los otros pueblos en torno, alzan de continuo en su camino » (I, 54). Además, tampoco se interrumpe la afluencia sucesiva de otros grupos humanos, que en forma aislada o masiva, en son de paz o de guerra, penetran la estructura vi-

tal aportando nuevas calidades o defectos, afinando o modificando las antiguas, creando nuevas necesidades y despertando nuevas apetencias.

Por eso la trayectoria histórica de los pueblos no « gira dormida como los astros en órbitas trazadas desde la eternidad ». La vida humana es esencialmente libertad y los pueblos están dotados virtualmente del pleno albedrío de que gozan las unidades humanas que lo integran.

Pero la vida de los pueblos se desenvuelve a través de milenios y la del hombre en el transcurso de unas décadas, de modo que el ritmo de las reacciones y cambios es proporcional a la duración vital de estos elementos. Además los cambios en las formas de vida nacional son lentos y evolutivos porque el ejercicio de la libertad colectiva encuentra dos reactivos poderosos: la tierra y la herencia que se presentan como obstáculos seculares, cuyos influjos se han hecho carne en la comunidad. Estas circunstancias condicionan el ritmo de las mutaciones y modificaciones, pero no logran vencer la capacidad creadora de los pueblos, que siempre buscan una salida ante el repertorio de posibilidades que su estructura funcional va gestando.

Y es esta capacidad de los pueblos para proyectar ideales y vislumbrar salidas, la que crea las circunstancias y el instante propicio para la acción de las individualidades excepcionales. « Ningún héroe, cualquiera haya sido su talla personal — agrega Don Claudio —, ha podido realizar el prodigio de su vida sino tras el esfuerzo lento de millares y millares de hombres, y en cuanto una situación histórica propicia le ha permitido lanzar, un día favorable, al viento de la historia la electricidad acumulada » (I, 57). Los conductores de los pueblos, sus pensadores, sus capitanes o sus políticos, pueden dejar perder por estulticia o por debilidad, la energía acumulada por sus naciones en el curso de los siglos o pueden malgastarla, pero nunca pueden crearla de la nada ».

Corresponde, pues, a las minorías selectas ó a los conductores, la responsabilidad de elegir el rumbo certero de los pueblos, ante el abánico de sendas que arrancan de una determinada encrucijada histórica, creada por el juego de los elementos y fuerzas actuantes que intervienen en la vida de las comunidades.

La interpretación individualista ha exagerado la acción de los héroes o de los genios en la historia, al considerarlos como los hacedores de la vida de los pueblos, pero... « ¿habría César alcanzado su talla gigantesca antes o después del siglo crítico que presenció su dinámico vivir? ¿Qué habría sido el Cid — continúa conjeturando el autor — si no hubiese vivido en los años turbios y desconcertados de los Taifas? ¿Habría Pizarro realizado su magnífica hazaña bajo una presión histó-

rica distinta de la que permitió a los españoles descubrir y conquistar América? ¿Qué recuerdo habría dejado después Napoleón, de haber nacido en la Córcega, en pugna permanente contra Génova, o en la Francia del aburguesado Luis Felipe? » (I, 57).

Pero al mismo tiempo, ¿quién se atreverá a negar la gravitación histórica de estas grandes personalidades? También exageran la nota los que se aferran a la exaltación y valoración de lo colectivo y desdeñan o subestiman lo individual. No se pueden desconocer los tirones y virajes, a veces sorprendidos, que la acción de los grandes hombres suele imprimir en el devenir de los pueblos. Aunque cercada y condicionada por las circunstancias la participación de las individualidades excepcionales, ha resultado decisiva en el avance, retroceso o desviación de la marcha histórica de las comunidades.

Minorías rectoras, eficientes o negativas, han existido y existirán en todos los pueblos « aunque hayan variado ayer y varien hoy las técnicas en que se han distinguido, el proceso de su elevación y su influencia en las masas populares » (I, 57).

Individuo y sociedad, hombres y pueblo, en íntimo maridaje se funden en la vida misma de la comunidad. El verdadero héroe histórico surge cuando su acción, encarnando el dinamismo de la comunidad, capta y aprovecha el clima vital y cultural de un determinado momento, para encausarlo hacia una nueva empresa vocacional.

Pero el juego de estas fuerzas creadoras se ve interferido muchas veces por la concurrencia del misterioso y sorprendente azar. Ningún buen historiador puede negar la influencia que lo fortuito ha ejercido y ejerce en la historia. Más de una vez, un hecho casual, pequeño e intrascendente ha hecho variar el rumbo histórico de un pueblo.

Pero ¿qué es el azar en la historia? Un Goncourt por ejemplo, nos respondería que es el signo de nuestra ignorancia sobre el determinismo de los acontecimientos, pero Sánchez Albornoz contesta que para quienes creen en la Providencia, « el azar es el cauce de su acción en la existencia humana »; es la participación de la voluntad de Dios en la vida histórica del hombre (I, 52).

Con el reconocimiento de esta fuerza en la historia, salva la pura inmanencia del acontecer humano y lo vincula a un principio trascendente desconocido por el historicismo radical.

La historia en consecuencia se mueve por el triple juego de fuerzas que genera el ritmo funcional de la estructura vital de las comunidades humanas, la acción de las minorías rectoras y la intervención del imprevisible azar.

La concurrencia de estas fuerzas en la realidad histórica no se produce en forma conjunta y con el mismo grado de intensidad y eficacia. La sincronización y la equilibrada participación de las mismas, generaría en este caso, el desenvolvimiento armónico y rectilíneo del proceso histórico, en vez del zigzagueante caminar que siguen los hombres y los pueblos en su dramático vivir.

4. LA UNIDAD BÁSICA DEL CONOCIMIENTO HISTÓRICO

Esta cuestión constituye el tema álgido de su disentimiento con la tesis que ha presidido e informado la interpretación de la historia de España realizada por el conocido y prestigioso historiador Américo Castro ¹⁴. Según este autor, « la historia se entiende si la contemplamos creándose desde dentro de su peculiar modo de comportarse, y no desde fuera ». Es decir que la realidad inteligible de la historia, la constituye la estructura vital de cada pueblo, forjada en el marco de sus « posibilidades e imposibilidades », de aptitudes e ineptitudes, de preferencias o rechazos, que hacen que una determinada comunidad humana se cree un peculiar ser histórico y un modo especial de comportarse, con un determinado ritmo funcional ¹⁵.

« La realidad de un pueblo, su identidad inteligible — agrega en otro trabajo — se manifiesta como conciencia de una cultura que se hace y se va objetivando como suya, y no como dependiente de la de otros pueblos » ¹⁶.

El hombre como ser genérico — afirma Castro — sólo es pensable ontológicamente, y la idea de la historia como « pura y genéricamente humana implica una postura filosófica que impide captar las realidades concretas del vivir histórico ». « Una adecuada concepción de la historia — prosigue — ha de hacer posible simultáneamente ordenar el confuso fluir de la vida como algo unívoco y significativo (hispano, romano,

¹⁴ CASTRO, AMÉRICO, *La realidad histórica de España*, México, Editorial Porrúa, 1954. Con este título ha aparecido la nueva edición de *España en su historia*. En esta edición incorpora tres nuevos capítulos: II, III y XV. En el II, titulado « Enfoque de la Historia », es fundamental para conocer y comprender toda su obra.

¹⁵ Ob. cit., en el capítulo II titulado « Enfoque de la historia », expone estas ideas. Las reproduce y amplía en otros trabajos: *Dos Ensayos, Descripción, Narración, Historiografía*, México, Porrúa, 1956.

¹⁶ CASTRO, AMÉRICO: *Santiago de España*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1958, pp. 15-16.

chino) y hacer perceptible el quien al cual pueda atribuirse segura y auténticamente lo hispano, lo romano » ¹⁷.

Ante estos enunciados se levanta la réplica de don Claudio para señalar que dentro de lo promisorio de esta tesis, se esconden las peligrosas derivaciones que genera toda teoría que se empeña en constituir unidades autónomas en el complejo cosmos de la historia. Este tipo de interpretación desgarrar la trabazón histórica al prescindir de la cronología y de los nexos y vinculaciones internos de toda comunidad histórica. La estructura vital de un pueblo, no puede ser comprendida si se la atomiza o insulariza porque su historia ha sido hecha tanto desde adentro como desde afuera.

Por otra parte, el considerar como punto de partida de la creación histórica al estilo vital de un pueblo, constituye una empresa harto difícil y arriesgada porque no hay nada tan poco factible de precisar y concretar. Si el juego de « las tendencias posibilitorias » y de las « tendencias excluyentes », según Castro, condiciona la estructura funcional de la unidad vital, hay que admitir entonces que este juego se dará tanto en los ámbitos supra-unitarios como en los infraunitarios y así tendremos que « supuesta la peculiaridad vital, es posible diferenciar los estilos de vida del oriental y el occidental ; los del semita y los del indoeuropeo ; los del « homo » mediterráneo y los del « homo » nórdico ; los del latino, el germano, el eslavo ; los del italiano, el español, el francés ... y así podríamos seguir descendiendo hasta distinguir los estilos de vida de los moradores en cada valle y en cada aldea ». Siguiendo este criterio, tan legítimo sería examinar « qué es lo español y quiénes los españoles, como examinar qué es la nobleza y quiénes son los nobles o qué es la burguesía y quiénes los burgueses en Occidente » (I, 44).

Además si a esta dificultad creada por la falta de criterios, a no ver los meramente subjetivos, se le agregan las mutaciones y cambios que sufre toda unidad vital en el transcurso del tiempo, se hará más patente lo poco factible que resulta el intento de concretar unidades vitales autónomas. Por otra parte, las modificaciones y cambios de las estructuras, reconocidas por Castro en la nota funcional que agrega a sus moradas vitales, no se producen como el autor pareciera considerarlo, por saltos y bruscamente. No es un cataclismo o la invasión de otro pueblo por ejemplo, los que determinan el trueque en el estilo de vida de un pueblo. La realidad demuestra « que todo cambio se realiza me-

¹⁷ *Claridad y precisión historiográficas*, en *Cuadernos del Congreso por la libertad y la Cultura*, París, 1958, n° 33, p. 3.

diante un proceso lento y que las nuevas formas de vida se incorporan a través de un proceso evolutivo» (I, 45).

Un auténtico criterio histórico tendrá que reconocer también, que toda comunidad humana, ha tenido estructuras funcionales distintas, dentro de cada ciclo, a las que no han sido ajenas, otras estructuras funcionales de otros pueblos. Es erróneo pretender cerrarse al exterior para impedir o desconocer el acceso a las extrañas corrientes culturales. La historia demuestra que hay una especie de « ley de las culturas comunicantes » que promueve o modifica, incita o acelera la capacidad creadora de los pueblos.

¿Cuál es entonces el punto de partida para inteligir la historia y elaborar el verdadero conocimiento histórico? Ante este planteamiento Sánchez-Albornoz nos responde: « creo que la historia no puede reducirse al examen vertical y autónomo del pasado de cada una de las comunidades nacionales de hoy para conocer las estructuras de su dinamismo vital y el juego de sus posibilidades e imposibilidades operativas » (I, 48) porque ello significa un cercenamiento y limitación de la verdadera trama histórica. Su disentimiento con respecto a esta interpretación, no le impide sin embargo, considerar al estudio de las historias nacionales « como una de las aventuras historiográficas más atrayentes y promisorias de la hora de hoy para el cumplimiento del fin esencial de la historia » (I, 48).

Pero esta aventura historiográfica sólo puede llevarse a cabo mediante una rigurosa y estricta actitud metodológica, en la que ningún apriorismo o intención pragmática ponga en peligro la construcción de la unidad histórica, que surgirá del análisis mismo de la realidad.

5. LA ELABORACIÓN DEL CONOCIMIENTO HISTÓRICO CRITERIOS METODOLÓGICOS

El pensamiento histórico de nuestro tiempo ha actualizado la temática sobre la verdad histórica y su elaboración. Desde hace unas décadas en todos los países se viene discutiendo el problema del método, como abordamiento epigonal de las distintas corrientes — más o menos profundas — en que se canalizan las concepciones historiográficas de nuestros días.

El criterio metódico se nos presenta ahora — nos dice el profesor español Voltes Bou — « envuelto en brumas cada vez más densas cuya

amplitud conceptual ha rebasado la cuestión técnica inicialmente debatidas »¹⁸.

Desde diversos campos y con distintos enfoques, se empezó a señalar el agotamiento de las escuelas decimonónicas, destacándose con cierta insistencia el tecnicismo estrecho y el especialismo sin visión, en que ha caído la mayor parte de la producción ajustada a sus cánones.

El método crítico-erudito y su preceptiva científica, se convirtió entonces en blanco inicial de la crítica; pronto los impactos lanzados no sólo alcanzaron los principios básicos que lo sostienen — el de la objetividad y causalidad — sino que lógicamente afectaron al concepto genético o evolutivo de la historia, que representa sin duda alguna la gran conquista del pensamiento histórico del siglo XIX.

La llamada « nueva historiografía » aspira a sustraer el acaecer histórico de su movilidad racional y objetiva, para volver a ponerlo en su circulación vital. Pretende rescatar lo particular empírico referido, por influencia del positivismo, al plano universal, enfocando la actividad funcional del vivir de cada pueblo.

Para ello propugna una especie de « libre examen » de los hechos del pretérito, en función de un análisis descriptivo y comprensivo de la vida humana. Por lo tanto ya no basta sentarse en los archivos y pertrecharse en el arsenal de la erudición, para rastrear en la « letra muerta de los documentos » y en la noticia del « dato frío » una serie de verdades de hecho, sino que a esta búsqueda de objetividad teórica hay que agregar una búsqueda de sinceridad práctica.

El historiador entonces deberá comprender y no juzgar, comparar y no explicar, captar unidades o estructuras con sentido y no una serie causal de hechos vacíos. Es decir que en su actitud metodológica prevalecerá la creación sobre la « ciencia », la intuición sobre la explicación y la volición sobre la intelección.

Para la « nueva historia », la objetividad tal como la entendió la ciencia histórica es un mito, una « invención » sin fundamento lógico. Sostiene que el subjetivismo ha dominado y dominará siempre en los quehaceres historiográficos; que los hechos del pasado por sí mismos no dicen nada, que sólo adquieren sentido y forma cuando la conciencia de un presente los recupera y descubre su significación a través de las estructuras orgánicas que integran. Las pautas valorativas surgen pues de la conciencia del ser histórico actual.

¹⁸ VOLTES BOU, PEDRO: *Tendencias actuales de la historiografía*, Universidad de Valladolid, n.º 12, 1957, p. 1.

Lógicamente este concepto de la historia, basado en las tesis básicas del presentismo subjetivo y relativista introduce un cambio fundamental en la actitud metodológica. Al abandonarse los principios de unidad y continuidad históricas, desaparece la categoría conectiva de lo histórico, la imagen de la historia universal se descompagina y pierde eficacia metódica el criterio de causalidad lineal. La proyección universalista de la historia se sustituye entonces por una suma general de culturas o estructuras funcionales, autónomas y diferenciadas entre sí por su particularismo histórico.

Frente a los nuevos enfoques de la historia y ante los nuevos planteamientos lógico-gnoseológicos, Sánchez-Albornoz prefiere mantenerse fiel « a tesis apartadas de la circulación por la moda vanidosa ».

« No he de apartarme del camino de la realidad — dice con donosa obstinación — aunque haya sido recorrido con frecuencia, pues no desdén a la verdad porque sea vieja conocida de muchos, ni me seducen las novedades engañosas, cualquiera sea el atractivo de su frescura juvenil. Prefiero cabalgar la parda mula del buen sentido que el pura sangre de la imaginación. Estoy pronto a tirar de las bridas de mi cabalgadura antes de dejarla despeñar por las barrancas de la fantasía » (I, 19).

Considera que el « hoy execrado positivismo » (I, 32) ha prestado grandes servicios a la historia, al hacer de ella un saber organizado y sistemático y haberlo sustraído del campo de la fe, del arte o de la filosofía. También es necesario reconocer su influencia en el avance metodológico de la historia: al proporcionarle los criterios de la heurística y de la hermenéutica; al fundamentar el principio ordenador de la causalidad psico-física y al exigir al historiador la imparcialidad, mediante un esfuerzo de comprensión de la psiquis de los actores de la historia. Con ello logró trazar un módulo ideal en el hacer histórico, que podrá ser todo lo difícil que se quiera, pero que no se podrá invalidar por inalcanzable o imposible.

Sostiene el carácter científico de la historia, por cuanto considera que el conjunto de sus conocimientos puede ser visto y organizado en unidad de sistema, mediante los principios ordenadores que emanan de la naturaleza intrínseca de su contenido. Además posee un instrumental metódico con el cual puede alcanzar resultados tan efectivos como los de las otras ciencias. El pensamiento científico y el pensamiento histórico no se pueden distinguir por su forma lógica, sino por sus objetivos y materias. La solución del problema no está en hacer una nueva lógica para la historia, sino en adecuar los principios lógicos que rigen

todo hacer científico, a la materia prima y a los fines específicos del saber histórico.

Claro que no se trata de un quehacer sencillo y simplista que pueda realizarse con la simple preceptiva metodológica y técnica. El reducir la elaboración a un puro tecnicismo es confundir la verdadera creación histórica, con la preliminar labor del aprendiz o del auxiliar de la historia. Ser historiador con mayúscula, es una empresa que no todos pueden realizar y que nadie tiene derecho a subestimar. No basta la técnica, la erudición, la experiencia y la cultura, «sino cierto «quid» misterioso y quizá innato, una peculiar constitución mental, una noble pasión por la verdad». Una profunda intuición de lo humano, una gran comprensión de la vida y cierto talento de escritor para poder verter, sino con la libertad creadora del artista, por lo menos con su emoción y belleza, los resultados de sus trabajos.

«Ardua y magnífica tarea la del historiador — nos dice —. Aventura arriesgada que detiene a los más. Junto a la investigación rigurosamente científica del ayer, junto al inteligente buceo en las entrañas de los hechos para comprender a los hombres y a los pueblos, junto al estudio de sus curvas genéticas conforme a los dictados de la más exigente razón histórica y junto al examen acucioso del cambiante equilibrio de las fuerzas creadoras de la historia, pesa sobre el historiador un dramático deber: el de escuchar, con oído sutil, los mensajes que la historia, por él examinada, le dispara» (I, 70).

El historiador auténtico no desconoce los riesgos de su empresa y las dificultades inmensas que tiene que vencer. Sabe que en su trabajo se le interpondrá un doble muro de subjetivismo aparentemente inexpugnable: la factura humana de las fuentes y lo humano de su ego. Pero precisamente en este obstáculo está la incitación y resorte de su labor, «porque en lo humano está el contraveneno de lo humano», (I, 25) que además cuenta con la razón, instrumento formidable capaz de los mayores esfuerzos, cuando se propone alcanzar la verdad.

El historiador es hombre — nos dice — y conoce sus flaquezas y las de sus semejantes y puede juzgar las de los antepasados por las suyas y las de sus contemporáneos. Y así, como hombre, puede aplicar la penetrante luz de su pensar a la crítica de los testimonios y con ella, como el cirujano con el bisturí, cortar los tejidos caducos de las fuentes históricas (I, 25).

Claro que las fuentes y los hechos no son la historia, pero sin ellos el historiador no puede dar un solo paso, porque constituyen los objetos primarios e inmediatos de nuestro conocimiento objetivo. Úni-

camente por la mediación e intervención de esos datos sensibles podemos captar los datos históricos reales, y cuando los testimonios son sometidos a toda clase de pruebas críticas, depurados y saneados de toda tara posible, dejan de ser unos meros datos físicos o sensibles para convertirse en algo cargado de sentido, con dimensión histórica, y con un lenguaje que el historiador tiene que aprender a interpretar.

Si esto fuera imposible, no se explicarían, entonces, los ingentes avances realizados en la últimos tiempos por la crítica externa e interna de las fuentes, ni los continuos y valiosos aportes que las ciencias auxiliares, con método histórico, están proporcionando. Y esa ininterrumpida multiplicación de las fuentes ofrece un campo inagotable a la investigación histórica empeñada en bucear y comprobar verazmente la vida de los pueblos.

Una vez depurado el material y asegurada su autenticidad y veracidad, el historiador puede manejarlo con la misma objetividad con que un físico o un químico trabaja con los elementos de su especialidad. «Acaso — nos pregunta — delante de un Fidias o de un Praxiteles; ante un acueducto romano o una catedral gótica; frente a un palacio renacentista o una pintura de Miguel Ángel; ante una tragedia de Sófocles o una carta de Cicerón, ante el sistema kantiano o el código de Hamurabi... ¿el historiador encontrará mayores obstáculos que los que encuentra un hombre de ciencia en su laboratorio? Claro que podrá sentirse arrebatado por la emoción o el goce, podrá también su pensamiento lanzarse a la desenfadada carrera de la meditación o la crítica... pero no sentirá lo mismo el hombre de ciencia frente al mundo material que investiga?»¹⁹.

Un gran sector de la vida histórica de los pueblos ofrece pues, amplios y cómodos ámbitos donde la investigación puede realizarse con la mayor objetividad: la vida económica, institucional, el arte, el pensamiento, la literatura, el lenguaje por ejemplo, pueden ser tratados por el historiador sin que su mundo trastoque la realidad y sin que ésta a su vez, promueva tempestades anímicas o despierte conflictos de conciencia en el historiador. Sólo un grupo de hechos, los que emanan de la vida política y religiosa de los pueblos, por estar más próximos a la libre volición del hombre, pueden mover, contrariar o excitar las humanas reacciones del investigador. En estos casos la interpretación dependerá del autodomínio, de la ecuanimidad y de la amplitud espiritual del historiador (I, 25).

¹⁹ *El conocimiento científico de la historia*, La Prensa, Buenos Aires, 11/IV/1943.

Pero aquí no termina el viaje del hacer científico. « Ninguna construcción del pasado merecerá el nombre de Historia, — aclara don Claudio — si se queda en el ámbito de los hechos extraídos de las fuentes »²⁰. El mero conocimiento científico de un maremagnum de hechos y cosas, no pone punto final al trabajo histórico. Eso sería quedarse a mitad de camino y lo que pretende todo verdadero historiador, es emprender el viaje de regreso. Para realizar este tramo del hacer histórico, es necesario sustituir el bagaje técnico y equipararse con la mochila del talento, munida de una gran dosis clara y libre de acción operativa de la mente, para que pueda ir atando cabos y armar la trabazón científica de los hechos y llegar por fin al dominio racional de ese mundo en continuo devenir y en aparente caos que es la historia.

Pero antes de avanzar un sólo paso en este recorrido, el historiador habrá tenido que responder primero a mil porqués, surgidos de mil situaciones y hechos, en cada instante y en cualquier momento. Y gracias al principio ordenador contenido en los innumerables porqués, el historiador habrá podido establecer los enlaces internos y externos de los hechos y con ello habrá puesto en movimiento al pasado, a la vida misma. Los hechos empezarán a sucederse en función de antecedentes y consecuentes y los pequeños hechos y cosas se incorporan a la trama histórica con movimiento de vida.

En consecuencia, la elaboración histórica requiere tres etapas sucesivas: búsqueda, acopio y estudio de las fuentes y edición científica de las mismas; aprovechamiento de los testimonios acumulados y cernidos, mediante la redacción de monografías sobre temas más o menos extensos, en que se estudien y resuelvan la muchedumbre infinita de problemas históricos que suscitan las diversas facetas de la historia y por último, es forzoso levantar sobre los cimientos de tales ediciones científicas y de tales monografías críticas, las grandes construcciones históricas.

A través de estas tareas el historiador podrá encarar sobre bases seguras el estudio de la vida humana. Esas bases no exentas de escollos aparentemente insalvables, cimentan su difícil y ambiciosa empresa, empresa que a despecho de sus impugnadores, es sin embargo perfectamente realizable. Y es realizable, a condición que se lleve a cabo por sus pasos y en sus épocas la triple labor que la construcción histórica requiere, pues una prematura deducción de teorías generales — y no ven esto los filósofos que reprochan a los historiadores el prurito monográfico — haría fracasar todo el sistema de la historia.

²⁰ Ibidem.

6. EL SENTIDO DE LA HISTORIA

Con un criterio puramente cientificista, las tareas y funciones del historiador, terminan en el conocimiento empírico de la historia. Su misión específica es investigar, explicar y comprobar el cómo?, cuándo?, dónde?, y porqué? se han producido los hechos del pasado, mediante principios racionales y con procedimientos técnico-metodológicos rigurosos. Con ese criterio la tarea del historiador no es sobre la realidad que investiga, ni explicar el porqué, ni el para qué de ese continuo devenir, de ese proceso que intenta conocer, pero en cambio sí le compete extraer de esa realidad cambiante, las notas comunes, generales y típicas para formular con ellas, principios que expliquen racionalmente el contenido de la historia.

Entendida así la historia no sólo se la desvirtúa en su esencialidad, sino que su cultivo se convierte en una actividad más de un determinado tipo del saber que intenta integrar un cuadro general del conocimiento humano, en base a ciencias que investiguen la realidad concreta, tangible y comprobable. Lógicamente la historia como ciencia positiva deja de ser historia al despojársela de su contenido particular, y pierde toda eficacia para la vida del hombre al escamoteársele su contenido ético-espiritual.

Sánchez-Albornoz, positivista en su actitud metodológica, no es historiador que se quede a mitad de camino y no sepa encontrar el verdadero rumbo histórico. Si bien su talento penetra, investiga y explica rigurosamente la realidad, al mismo tiempo y sin apartarse de ella la sobrevuela y avizora. Aunque no permite que raptos poéticos y veleidades filosóficas, lo desvíen de los puntos de referencia que le tienden la vida del hombre y de los pueblos, deja libre, sin embargo, a su espíritu para que realice intuiciones y planteos esenciales sobre esa realidad. Comprende que al examen científico y genético del ayer, ha de agregársele la colaboración inteligente del historiador para la forja de una conciencia histórica de su país y de su época. Mas aún, la historia para él, no se agota en el conocimiento de los hechos del pasado sino que se identifica con la vida misma y en este sentido, su mayor aspiración es mostrar al hombre, lo que ha hecho, lo que ha sentido y lo que ha pensado el hombre de todos los tiempos, y en los distintos lugares.

Como producto de su andar terrestre y en función de su enfoque vital de la realidad, fructifica su sentido de la historia. Con ello rebasa los límites del positivismo y hace de la historia no una ciencia más del

saber humano clasificado, sino una actividad espiritual, una forma de conocimiento, al servicio del hombre y de la vida.

« Si la historia careciera de sentido — nos dice — y fuera un mero azaroso zigzaguo del hombre a través del tiempo y del espacio; si fuera una pura novela de aventuras, sin otra ley que la del triunfo de la ambición o de la fuerza y sin otro fin que el del logro de un ingenuo bienestar terrenal » su (I, 73) cultivo no se justificaría y tendrían razón quienes la consideran como un simple género literario de segunda categoría o un mero diletantismo dialéctico sobre el hombre y los pueblos. Pero el caso es, que la historia es una forma de conocimiento filosóficamente justificada « que tiene o deberá tener proyecciones fecundas en el devenir de los pueblos y de la humanidad ».

Su fe en el progreso cualitativo del hombre como realidad viva, informa el contenido y la dirección de la historia. Todo el tortuoso y dramático devenir tiende hacia ese fin. Valiéndose de sus excelentes dotes de escritor, encuentra la figura adecuada para explicar el movimiento de la historia con su conocido símil del « río de la historia », que despierta reminiscencias de Heráclito. « Como los ríos en su avanzar continuo, — nos dice —, los pueblos van abriéndose camino a través de llanuras o montañas; tallan escobios entre tajadas rocas o se curvan para obviar erguidas cimas; avanzan raudos, se detienen en remansos o saltan torrenciales; trazan meandros o peregrinan rectilíneos; reciben afluentes poderosos o misérrimos; se hinchan con los deshielos o las tronadas; sufren crueles estiajes o se ocultan bajo tierra; se colorean con barro o con sangre; braman o murmuran; fecundan o arrasan; padecen sangrías que van a regar tierras cercanas o distantes; sirven de fronteras o de lazos de unión; se dejan cabalgar por naves, detener por diques o atropellar por puentes; *son eternamente iguales y distintos — iguales por sus cauces y distintos por sus aguas —* y se vierten, por último, en los imperios de otros ríos mayores o en los continentes líquidos que llamamos mares » (I, 64).

En el río de la historia, todo cambia; « nada de lo humano — afirma es indeleble y permanente; todos los regímenes sociales, políticos y económicos son pasajeros y caducos... no hay naciones de señores y ninguna puede llevar por sí sola sobre sus flacos hombros el inmenso fardo de la rectoría de la historia; todos los avances de la civilización están sostenidos por ciertas virtudes e implican concretos deberes, y pueden un día perderse, evaporarse o aniquilarse... en cada hora triunfa una escala peculiar de valores que la hora anterior no estimó de igual modo y la hora siguiente jerarquizará de otra manera ». Nada es estable

y fijo en la historia porque la vida y su fuerza creadora nunca se interrumpen.

Pero su historia, ¿es acaso el río de Heráclito?, ¿cómo detiene su continuo fluir?, ¿cómo impide el escetismo histórico? El autor, dirige la pura sucesividad, el continuo cambio de sus ríos hacia los continentes líquidos que llamamos mares». Y los mares de la historia son: la dignidad y la libertad humana y la racionalización integral del hombre. Es decir que su concepto de la historicidad, no desconoce lo inalterable de la naturaleza humana en cuanto a sus potencias. Explica la mutabilidad por las variaciones que introducen la virtualidad histórica y las posibilidades vitales en el ejercicio de la libre decisión de los pueblos, de tal modo que cada época produce un hombre y una cultura distintos, en cuanto al uso y realización de sus potencias, pero eternamente iguales en cuanto a sus aspiraciones sustanciales. Considera como Croce, que la historia es la hazaña de la libertad, pero sortea la inmanencia del historicismo radical con la idea de la libertad creada, como un bien otorgado al hombre por su Creador, «bajo la inescrutable y despierta voluntad del Altísimo» (I, 72).

La historia tiene un contenido pragmático para la vida presente, no en el sentido ingenuo y escolar de que podamos extraer de ella recetas y fórmulas mágicas para remediar radicalmente nuestros males y organizar nuestro futuro, pero sí como fuente ejemplificadora de analogías y semejanzas; como testigo fiel de los avances, tanteos, rodeos y retrocesos que el hombre y los pueblos y a través de su puja vital, han venido realizando en busca de salidas y caminos frente a las continuas disyuntivas de su humano vivir.

Ella está ahí, no como *ancilla* del hoy y sus intereses, sino como exponente de la eterna caducidad y la eterna renovación del mundo temporal; para mostrarnos los panoramas de muerte y desolación y también las siempre renacientes fuerzas de vida y creación; para atestiguar lo que el hombre y los pueblos en su incierto pero fecundo andar terrestre «van haciendo y deshaciendo».

Hemos pretendido resumir las ideas de don Claudio Sánchez-Albornoz con la mayor fidelidad posible, pero sabemos que se nos ha quedado en el tintero muchas sugerencias, sutiles matices y sugerentes interrogantes, que únicamente pueden ser expresados en su estilo, fluido, ágil y erudito como el que él posee. También es posible que no hayamos calado toda la profundidad de sus juicios y que nuestra versión no sea más que un esqueleto paupérrimo de su pensar. De ser así, sabemos que su proverbial generosidad — atributo de los grandes — sabrá disimular nuestras fallas.

Nuestra intención ha sido presentar la línea conceptual de su pensamiento histórico como referencia significativa y orientadora dentro del estado actual del cultivo de la historia.

Frente al estado « tormentoso » en que se debate el pensar y el hacer historiográficos de nuestros días, en que cada « nuevo historiador » se improvisa en un teórico de la historia, en que proliferan los nuevos sistemas y las nuevas interpretaciones, en que se multiplican los criterios metódicos, en cada problema que afecta al presente promueve una serie de pormenorizadas tesis históricas, en que cada vez se acentúa más el empeño de construir « islas históricas », consideramos que las ideas y la experiencia de un maestro de la historia pueden contribuir a llenar el vacío de pautas rectoras y clarificadoras de nuestra confusa situación.

Reconocemos que sus ideas e incluso sus enfoques pueden ser discutidas en el campo filosófico — ¿y qué cosa, nos preguntamos, puede escapar a las variadas y múltiples disquisiciones del mundo dialéctico? — pero en este caso se habrá de tener muy en cuenta que ellas están fundadas en una veteranía y pericia en el manejo del material histórico y avaladas por las concreciones de sus sólidas interpretaciones.

Creemos que mientras no se haga el dificultoso balance intelectual de nuestro tiempo con la serenidad y perspectiva que ello requiere, no se pueden derribar en nombre de lo « nuevo » o de la « moda », pautas y criterios que han contribuido eficazmente a un reconocido avance del conocimiento de la historia.

ROSA ZULUAGA.

Universidad de Mendoza